GT 52: Memoria(s) y Derechos humanos

La ficción como recurso para una re-configuración generacional de memoria e identidad en Las cartas que no llegaron de Mauricio Rosencof

Laura Yazmín Conejo Olvera

Mestrante en Historia y Memoria, Universidad Nacional de La Plata (becaria del Ministerio de Educación de la República Argentina)

ispoco@gmail.com

Uno es hijo de su memoria,
Uno es su memoria,
Uno es uno y todo lo demás
Mauricio Rosencof

Estas palabras son para tu naciente memoria,
Inés, eslaboncito último rielado de sonrisas,
hijita de la hija y de todas estas sangres.
El abuelo

Tenemos que hablar[1]

Hablar de memoria que es hablar del pasado, pero si hablar de memoria es también hablar de identidad tenemos que hablar en el presente de la propia persistencia en el futuro.

Las luchas por las representaciones del pasado crítico recaen directamente en la búsqueda de legitimación del discurso, de su verdad, pero sobre todo en la percepción que de ello se tendrá en la memoria futura[2]. Hablar de sucesos que han marcado ciudades y países enteros, como las guerras mundiales o las dictaduras latinoamericanas, conlleva una responsabilidad y un compromiso al exponer las versiones que no circulan de manera oficial; en estos casos la ficción es el arma con la que se contra-ataca.

Y ya que la literatura, es el medio por el que me interesa expresar dichos contra-ataques, es necesario establecer que si bien la narrativa «tiende a ser de los vencedores, habrá otras que … como prácticas de resistencia frente al poder, ofrecerán narrativas y sentidos diferentes del pasado, amenazando el consenso nacional que se pretende imponer» (Jelin, 2002:41). De esta manera, la historia de los vencidos halla en las líneas de los relatos escritos, ya sea de forma clandestina o mediante el uso de la retórica alternativa (ficción) una forma de resistencia que se niega a aceptar esa versión 'oficial' que circula entre las esferas del poder, y que se pone en evidencia en escritos hechos dentro y fuera del país, durante y después de momentos críticos para el colectivo[3].

Lo que viene a interesar entonces es la forma en que lo histórico-político actúa dentro de la literatura, y es visto más allá de una mera referencia de acontecimientos temáticos con una funcionalidad actante bajo parámetros temporales determinados. Es decir, que se convierte en el motor referente de las historias no contadas cuya función no recae necesariamente en un momento determinado sino que, por si mismo, el texto podría explicar diferentes momentos de

---

[1] Frase que surge del texto *Las cartas que no llegaron* (2000) como una de las más importantes que engloba su intención narrativa, pues es a partir de ella que el autor-personaje deja ver su inquietud respecto a la historia familiar, y por ende de su identidad. Identidad que se vuelca difusa y difícil de entender, pues al ser hijo de exiliados el abismo de diferencia del lenguaje entre él y sus padres se torna en el punto entre la imposibilidad de conocer y la necesidad de conocer; es así que a través de sus experiencias, la memoria que construye y la fantasía en torno a lo que pudo ser, se propone reconstruir esa escena familiar desgarrada por la Segunda Guerra Mundial a través de su propia historia.

[2] Reflexión realizada a partir del ensayo «Las luchas políticas de la memoria» publicado por Elizabeth Jelin en *Trabajos de la memoria* (2002).

[3] Quiero referirme a colectivo antes que a un Estado-Nación, pues el interés de este ensayo va más allá de la esfera política que es a la que importan estas distinciones.

un corte similar. Tal es lo que sucede con el concepto *Universalización del Holocausto*[4] que Andreas Huyssen (2001) propone para decir que el tropo del Holocausto es universalizado a través su re-ubicación y re-sistematización de lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial que, al contemplarse en otro lugar y contexto, se coloca como referente directo de los hecho atroces y violaciones de derechos humanos sobre los que se concibe una denuncia. Es bajo esta homologación que lo sucedido en los campos de concentración nazi puede llegar a explicar las torturas y violaciones durante las dictaduras latinoamericanas.

Por lo anterior es preciso considerar la siguiente pregunta como guía base de éste análisis ¿por qué interesa tanto plantear la visión a futuro de los hechos del pasado, y sobre todo por qué hacerlo a través de narraciones de ficción?

Una de las preocupaciones que se reconocen a partir de la incursión de periodos violentos en la literatura contemporánea es precisamente el límite entre el testimonio o no ficción y la ficcionalización; el problema radica en la perspectiva de la voz en el relato, pues como explica Nofal «los narradores de ficciones suelen moldear la voz del personaje en función de la voz simbólica del texto. Los escritores del testimonio, al negar todo carácter ficcional del relato, anuncian su fidelidad con respecto a la voz del «otro» y suponen un pacto con el lector, que aceptará, como verdaderas sus palabras» (Nofal, 2002: 26). En latinoamérica, tras la experiencia dictatorial, la literatura busca responder a esa crisis de verdad, pero duda de la posibilidad de 'nombrar' directamente[5] los hechos, y por ello recurre a la ficcionalización trazada literariamente con recursos narrativos de principios de la segunda mitad del siglo XX.

> La crisis del testimonio emerge entonces del abismo que existe entre el imperativo irreductible de narrar y la percepción angustiosa de que el lenguaje no puede expresar completamente esa experiencia, de que ningún interlocutor consigue capturar su dimensión real ni siquiera escuchar el relato con suficiente atención (Avelar, 2000: 282).

Si bien mi interés recae sobre la ficción antes que sobre el testimonio[6], encuentro que se puede hablar desde lo ficcional sin deslegitimizar el hecho histórico pues «el género testimonio nace de estas experiencias en los márgenes del género literario» (Nofal, 2002:16) y se rearticula en el. Así mismo como afirman Elizabeth Jelin y Ana Longoni «la violencia puede ser tratada en el arte tanto desde la alegoría (o la representación) como desde la literalidad (o la presentación)» (Jelin y

---

4 «El Holocausto pierde su calidad de índice del acontecimiento histórico específico y comienza a funcionar como una metáfora de otras historias traumáticas y de su memoria» (Huyssen, 2001:17).

5 Idea tomada de Patrick Dove en Jelin y Longoni, 2005: 146.

6 Desde su concepción más pura, institucionalizada y canónica como explica Nofal en su texto.

Longoni, 2005: XX), tomando en cuenta esta particularidad, es posible definir la continuidad no solo del individuo sino del colectivo violentado.

Ya que partimos de la interrogante cómo hablar de lo que no se permite hablar luego de un momento de quiebre politico-social en un espacio colectivo, es preciso considerar entonces la crisis de transmisibilidad entre la narrativa y la experiencia. Si se considera que «la memoria es el presente del pasado» (Ricoeur, 1999:15-16), presente que se reconoce como antesala de la significación y re-significación tanto del pasado como del futuro

> La memoria tiene entonces un papel altamente significativo, como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades… la referencia a un pasado común [que] permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en uno mismo y en el grupo (Jelin, 2002: 9-10).

El fin último de las narraciones ficticias basadas en hechos históricos es, primero una forma de legar una memoria colectiva a las generaciones futuras[7], y segundo, una especie de catarsis que libere el silencio utilizando la memoria como recurso narrativo porque, apropiándome de las palabras de Sarlo, «si tuviera que hablar por mí, diría que encontré en la literatura las imágenes precisas del horror del pasado reciente y de su textura de ideas y experiencias» (Sarlo, 2005: 163). Así, la literatura contribuye a la memoria en la medida en que la interpreta, no solo en el periodo en que es producida, sino más allá de ella, a la vez que la memoria re-construye esa identidad fragmentada.

El valor de la correspondencia

«Días de barrio y guerra», «La carta» y «Días sin tiempo» son los tres capítulos que conforman *Las cartas que no llegaron*, cada capítulo privilegia un momento en la vida del narrador, son dependientes entre sí y articulados uno en torno al otro. Las cartas, correspondencia recibida de los familiares Polacos deportados a Auschwitz y aquella que escribe el propio Rosencof dirigida a su padre, son el eje fundamental del texto desde donde se interpreta esa memoria que busca re-configurar la identidad del autor-narrador «Una carta, ahora, no es como antes. No es lo mismo.

[7] Idea tomada de Andrés Avellaneda en respuesta a su pregunta «¿Qué fue construir sentido frente a ese monólogo autoritario del estado militar terrorista? La narrativa escrita ensayó dos respuestas posibles. Por una parte, buscó resemantizar las marcas del castigo y de la brutal ruptura del mundo social a partir de estrategias textuales caracterizadas por el quiebre de la subjetividad, por la fragmentación de los hechos y por la desconfianza en el contrato mimético como forma del relato. Por otra parte, sobre todo después de 1983, ya totalmente invadida por la desconfianza sobre la validez de los sentidos totalizadores, procuró reinterpretar el pasado en clave de presente» (Avellaneda en Bergero y Reati, 1997: 151).

Acá sí. Acá uno comprende lo que era una carta antes… La carta, afuera, hoy, es lo de menos. Acá, lo de más» (Rosencof, 2000: 25).

La memoria que propone Rosencof en *Las cartas que no llegaron,* ha dejado el nivel de denuncia-urgencia para la construcción de una verdad absoluta, y ha tomado el camino de la re-configuración, su re-configuración. Estas memorias expuestas a través de las experiencias del autor-narrador van más allá de las encontradas en cualquier diario o autobiografía, el texto nos muestra un relato contado por un personaje y más allá de que dicho personaje sea el autor «saca su singularidad de la unidad de su vida considerada como totalidad temporal singular que lo distingue de cualquier otro» (Canclini en Zubieta, 2008: 21). El autor-narrador trata de contar una historia «imposible»[8] con ayuda de recursos literarios que funcionan a través de la ficción, mediante la cual Rosencof re-construye su vida familiar ascendente que fue víctima del genocidio nazi y la vida de su familia nuclear que se ha exiliado en Uruguay, dónde él ha nacido y con quienes presenta una brecha lingüística que le impide una total comunicación, al tiempo que re-configura su propia vida sesgada por el encierro, durante 12 años en un calabozo, durante la dictadura uruguaya a manos de las fuerzas militares

> ¿Y por qué te escribo hoy todo esto, Viejo? No sé. Tal vez para decirte lo que me acuerdo y, más que nada, decirte lo que no me acuerdo para que veas lo poco que sé, que quiero saber más, que quiero más memorias, más de la tuya, contame, tenemos que hablar. ¿Por qué hablamos tan poco? ¿Por qué nunca se me dio por decirte: «Viejo, vamos a conversar»? No teníamos, Viejo, un idioma común claro. Ni vos tenías un español de charla ni yo pasé de cuatro frases en yiddish (Rosencof, 2000: 23).

Hannah Arendt (1993) identifica la aparición del individuo en la esfera pública con la categoría de la acción, en ella radica la manifestación de la irrepetibilidad que lleva a pensar a Arendt que la identidad no puede ser una sucesión repetida de causa-efecto sino apelando a que «ese alguien inicie algo no sujeto a la cadena causal de un proceso» (Arendt, 1993: 201), es decir que la ruptura de un continuo en la temporalidad y las experiencias que de ello emanen serán las que condicionen la identidad.

De la misma forma en que el individuo entra en la trama con la acción, la unidad narrativa presenta la sucesión armónica de lo narrado en la que irrumpe el acontecimiento quebrándola, la identidad narrativa se constituye, entonces, en la totalidad de una historia. La narración de *Las cartas que no llegaron* irrumpe en un punto quiebre de la situación político-social de la

[8] «…revelando los lugares anquilosados donde la práctica de la violencia extrema instaló a sujetos como cuerpos privados de derechos y convirtió en riesgo todo decir verdadero» (Wolff en Olea y Grau, 2001: 12).

humanidad; con un narrador joven que ve, con cierta ingenuidad, el desasosiego que para sus padres y hermano causa la Segunda Guerra Mundial y la pérdida de la familia polaca, el narrador niño se encuentra más apegado a los juegos con su amigo Fito, la calle, su gata, a lo que su hermano León le enseña, la disposición de su casa y la cotidianeidad que sucede dentro en interacción con los suyos; sabe lo que ha pasado en Auschwitz, pero no lo comprende del todo

> Una vez León lloró. Lloró y lloró, y yo fui a ver y él, «ándate, ándate, no sabes nada». Y mi papá dijo: «Se terminó, se terminó todo». Y yo sé, yo sé. Lo que se terminó es la mámele de papá y la búbele y todo. Se terminó, y mamá que llora y llora y agarra a León y yo voy a buscar la caja de zapatos y se la doy a mamá, y León, «ándate, ándate, no sabes nada». Y mi papá, «anda a la calle, anda, anda a jugar con Fito, anda Moishele, vos tenés tiempo» (Rosencof, 2000: 17).

Más tarde el quiebre se dará cuando el narrador adulto de cuenta de otro momento de irrupción, esta vez nacional al hablar sin hablar de la dictadura en Uruguay que lo pone a él como punto clave en la concatenación memorial con el pasado

> Y hoy acá, Viejo, recorriendo el mundo a tres pasos cortos media vuelta tres pasos cortos, y eso no te lo cuento, ¿para qué?; pero mi mundo es este, de dos metros por uno, sin luz sin libro sin un rostro sin sol sin agua sin sin y te escribo; pero esto no, esto es mío, me lo banco meses años, años, años tantos años y tenemos que hablar todo lo que nunca todo lo de ahora y lo de antes (Rosencof, 2000: 24).

La memoria es construida dentro de la narración y mediante ella es posible re-configurar la identidad del sujeto individual y colectivo «el concepto de identidad narrativa permite incluir el cambio, las discontinuidades que nos remiten a diferentes tramas de una misma vida propias de sociedades plurales» (Canclini en Zubieta, 2008: 26).

Teniendo en cuenta que para actuar se necesita interactuar con otros, irrumpir en el tiempo en conjunto, Walter Benjamin (1977) distingue entre dos tipos de experiencia, la transmitida y la vivida[9]. La primera se perpetua casi naturalmente de una generación a otra y va formando las identidades de cada grupo, la segunda es un rasgo típico de la modernidad y las sociedades individualistas, una vivencia individual, volátil, efímera. La modernidad, según Benjamin, se caracteriza por el declinamiento de la experiencia transmitida y el final de la Segunda Guerra Mundial como punto culminante de ello. Ante esta anotación de Benjamin me permito discutir que, si bien la experiencia transmitida como tradicionalmente se había legado, atraviesa con la

[9] Estos conceptos se hallan originalmente en Benjamin, Walter. *illuminationen*, Ausgewählte Schriften I, Frankfurt / M, Suhrkamp , pero yo los tomé de Traverso, 2007: 68.

catástrofe de las Guerras Mundiales un detrimento, es ella la que funciona con otro código desde la narrativa para seguir transmitiendo, y de esta manera proveer de memoria al colectivo.

Así, podemos ver en la relación de cartas que llegan a la casa de los Rosencof misivas de carácter ficticio como el propio narrador da cuenta desde el primer capítulo «Las cartas que esperaba mi papá no llegaron nunca» (Rosencof, 2000:7), y más adelante «Estas cartas nunca te van a llegar, Isaac. O te van a llegar cuando ya no estemos, y entonces será para nosotros una forma de estar» (Rosencof, 2000:15). Ficticias, sí, pero que sin duda transmiten, mediante la narración, la experiencia vivida de la familia deportada a Auschwitz «La segunda semana de julio se instaló la Comandancia de la Gestapo … Ahora todos nos preparamos para entrar en el gueto» (Rosencof, 2000:7).

Es esa imposibilidad de comunicación con familiares deportados y la que más adelante será la imposibilidad de comunicación del narrador con sus padres, la que por medio de dicha ficción abre la posibilidad de permanencia de las experiencias a futuras generaciones para ambas partes. Así afirma Maurice Halbwachs que

> para que nuestra memoria pueda encontrar ayuda en la de los demás, no es suficiente que éstos nos brinden sus testimonios: hace falta que no haya dejado de concordar con sus memorias y que existan los suficientes puntos de contacto entre una y las otras para que el recuerdo que nos generan pueda ser reconstruido sobre un fundamento común (Halbwach, 2004: 77).

Ahora bien, es importante considerar al hablar de generación el concepto de solapamiento sucesivo de generaciones «para indicar la especificidad de un encadenamiento de transmisión de experiencias dado que siempre hay dos generaciones actuando en el mismo presente» (Mudrovic, 1998-2000: 4). El lugar de Rosencof dentro de su narración refiere precísamente a este solapamiento, pues comparte un tiempo histórico[10] con su padre que tiene un vínculo familiar con el Holocausto al tiempo que se relaciona con sus contemporaneos y los procesos políticos que le afectan directamente

> «me vino», como dice mamá cuando se acuerda de algo, me vino, papá, cuando íbamos al cementerio de La Paz a visitar a León, y vos mirabas la lápida donde había algunas piedritas, colocadas de a dos, y murmurabas, en yiddish, con mamá, largando nombres de los que podrían haber pasado por ahí y se habrían detenido para recordar y dejar un mensaje de roca viva, de roquita, piedra, un trozo de roca, de a dos, para decir que León

[10] «El tiempo histórico, si es que el concepto tiene un sentido propio, está vinculado a unidades políticas y sociales de acción, a hombres concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones» (Koselleck, 1993: 14).

> estaba también en su memoria, que vos y mamá sabían que eran los únicos que hubieran podido recordar; entonces yo recogí dos piedras, papá, dos pequeñas rocas, y por vos, por mí, por mamá, por todos, Viejo, en alguno de los escalones que conducen al monumento del gueto, las deposité, como en un ritual, pensando cada paso, pensando cada piedra, cada resistencia que fue y que es, papá, para siempre (Rosencof, 2000: 33).

La piedra, en este caso, es la conexión de un tiempo con el otro, de una persona con la otra donde la temporalidad se intersecta y se sobrepone a un presente que contiene en su tiempo construcciones de la experiencia que buscan ser interpretadas. Si bien existe un tiempo lineal-cronológico donde el presente, pasado y futuro actúan a su momento, la introducción de procesos históricos y la subjetividad dentro de la narración desunifican esa linealidad, es decir, que «a partir del tiempo presente el sentido y las reinterpretaciones de ese pasado en el futuro, así como sus expectativas fijadas a conveniencia, funcionan para hablar de la memoria concebida como tiempo histórico» (Koselleck, 1993: 15-16).

Enzo Traverso (2007) menciona que a partir de Auschwitz el duelo cambia de objeto y de formas, pasa desde mi perspectiva de ser una relación objeto de duelo y sujeto doliente con una tumba sobre la cual llorar, a sujeto de duelo y sujeto doliente (sujetos ambos) y la búsqueda de un lugar desde donde representar a los muertos.

> Cuando aproximamos el jabón hasta nuestras narices para respirarlo, vemos la inscripción. El desconcierto es tan grande que nadie articula una palabra, ni aun un gemido. Solo lloramos, Isaac, suavecito, en silencio, porque todo lo que nos queda en este instante son las lágrimas, que ruedan lentas como un cortejo, incesantes, mientras enterramos el jabón murmurando «Kadisch» (Rosencof, 2000: 14).

Ante esto, el recuerdo también se transforma y se convierte en el principal medio para registro de las experiencias vividas que no se incluían en las narraciones de la Historia oficial, para así poder transmitirlas.

El objetivo de ese recuerdo (de buscarlo), como afirma Ma. Inés Mudrovic, es el aspecto representativo de la memoria, del conocimiento del pasado. Siguiendo con este concepto, reconozco dos tipos de recuerdo que, según Jelin, se relacionan con los conceptos de recuerdo lineal y recuerdo ejemplar que propone Todorov en los *Usos y abusos de la memoria* (1998): la pasiva o de reconocimiento y la activa o de evocación (Jelin; 2002:58). La pasiva recae en el exceso de memoria, exceso de información —archivos, documentos, registros— que sólo desencadenará en el olvido, una linealidad para Todorov que no conduce a nada más allá de sí mismo. Y la memoria activa que implica una evaluación de lo reconocido en la información, es decir, dar un

sentido al pasado interpretándolo dentro de una interacción social; ese recuerdo que Todorov propone se convierte en un ejemplo, un aprendizaje del pasado que toma acción en el presente

> La narración hace sentido del pasado, pero sólo si como señaló Arendt, la imaginación viaja, los problemas de la experiencia se abren en una actualidad que oscila entre afirmar la crisis de la subjetividad en un mundo mediatizado y la persistencia de subjetividad como Resistencia (Sarlo; 2005: 92)

De este modo, al presenciar aquello que Sarlo nombra «limbo interpretativo» (Sarlo; 2005:94) donde la narración memorialística compite y se entrecruza con la historia y sostiene en ella su reclamo mediante la ficción «Porque la fantasía, ¿sabes?, es la única cualidad humana que no está sujeta a las miserias de la realidad» (Rosencof, 2000: 15). La imaginación apuesta a llenar los huecos que dejó la ausencia de palabras, el narrador apela a ella para reponer aquello que no sabe y crea, más que una subjetividad fidedigna, un panorama en la que puedan converger muchas subjetividades y la idea de que para dar cuenta de sucesos extremos en la vida social de una nación sólo es posible mediante una reconstrucción narrativa «así que mi territorio real era la imaginación, la fantasía, la locura reglamentada en la medida de lo posible … esos acontecimientos, si lo eran, esos hechos o más bien anécdotas, estaban en la frontera entre lo real y lo que no» (Rosencof, 2000: 45).

Cuando hablamos de una ruptura social o político-social como es el caso de *Las cartas que no llegaron,* hablamos de una transformación en lo cotidiano que impulsa a cuestionarse la búsqueda de sentido sobre ese hecho y un impulso a comunicarlo

> el acontecimiento rememorado o memorable será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia (Jelin, 2002: 27).

Esta transmision narrativa explicada en líneas anteriores se engoba, a través de la ficción, por medio de los marcos de la memoria colectiva propuestos por Halbwach: espacio, tiempo y lenguaje.

Para Halbwachs el lenguaje (oral o escrito) es el marco más elemental de la memoria incluso podría decirse que depende de él, pues «es el lenguaje y las convenciones sociales asociadas al lenguaje lo que nos permite reconstruir el pasado» (Halbwachs, 2004: 173). De esta forma, si la lengua es la mejor conexión con los muertos, pero no en un diálogo con ellos, sino con los vivos mediante la representación de las historias contrapuestas, es importante considerar que estas no

se desarrollan de forma individual, sino que pertenecen a un colectivo que, a partir de sus experiencias, crea memorias

> Tal vez estas cartas las escriban otros. Que Moishe sepa que también son nuestras, para que sepa qué fue de sus tíos, de sus primos, de sus abuelos. Queremos formar parte de su memoria, Isaac … Cada uno de nosotros es cada uno y todos los demás (Rosencof, 2000: 15).

El lenguaje dentro de *Las cartas que no llegaron* expresa también algo más que una conexión con los muertos, nos muestra la imposibilidad de la comunicación entre los vivos, comunicación de ese mensaje que ha de transmitirse, por la brecha lingüística que presententan los personajes. Como se ha mencionado al inicio de este apartado, el narrador-autor nace en tierras uruguayas y desarrolla como lengua materna el español, idioma diferente al de sus padres que han nacido en Polonia, hablan yiddish, y se han exiliado en América (Uruguay) huyendo de la Gran Guerra.

> Y yo tenía un hermano grande y nadie me hacía nada porque tenía un hermano grande, que era el mejor, y me hubiera enseñado yiddish y a vos y a mamá más español y yo qué sé qué más, y te lo cuento hoy, Viejo, porque con la de hoy me doy cuenta de que en aquellos días yo tenía lo que tengo: tristeza (Rosencof, 2000: 24).

En cuanto al espacio la narración menciona dos principales: La casa en hípalage con la madre «Y con vos, mamá, me pasa como con la casa. Yo pienso en el patio y es como si pensara en vos o te viera a vos. Vos eras el patio …Vos sos, en mi memoria, el aroma del tuco y las cretonas, vos sos la casa, mamá» (Rosencof, 2000: 40), y el calabozo desde dónde se recuerda al padre «Y fue en el retorno al interminable territorio de dos por uno del calabozo, que comenzaron mis conversaciones con papá» (Rosencof, 2000: 40).

Y el tiempo que, como ya se había mencionado anteriormente, no sigue un lineamiento cronológico y en cambio acepta saltos donde coexisten diversos pasados puntuales y durativos en un presente ficcional, contemporáneo de los hechos narrados, que da como resultado una narración, limbeante y difusa, como los recuerdos.

Es así que, los marcos de memoria colectiva que plantea Halbwachs se identifican con el pasado para reconstruirlo, para librarlo del olvido, pero sobre todo luchan contra un régimen político que oculta y niega el crimen en el presente. La memoria termina siendo una reconstrucción para el colectivo más que un recuerdo individual que se perfila a un legado con expectativas a futuro en términos de lo que Marianne Hirsch llama *posmemoria*, la cual refiere a «la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos»

(Sarlo, 2005: 126) o mejor dicho, la memoria de la generación siguiente que no convivió en tiempo y espacio con la generación afectada, retomando el concepto de solapamiento sucesivo de generaciones tratado con antelación.

Es importante no dejar de reconocer que existe un roce permanente con el tiempo pasado respecto a los hechos ocurridos y los recuerdos que se tienen de esos hechos porque «el pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo» (Sarlo, 2005: 9). La importancia, entonces, de dichas narraciones escritas en momentos clave dentro de la historia radica en su permanencia a futuro, y no en su calidad efímera o reducida de testimonios, configurándose como una narración que va precisamente más allá de un testimonio que contiene una perspectiva memorialística que se centra en la ficción para eliminar las fronteras geográficas y temporales que le permitan dar a conocer, bajo las alegorías del texto tanto el genocidio nazi como los actos perpetrados hacia el pueblo uruguayo víctima de la dictadura military, y de esta forma poder re-construir la identidad que intentó ser aniquilada «Fuerza, mi Viejo. Cuando uno cuenta los naufragios es porque no se ahogó» (Rosencof, 2000: 47).

En conclusion, la memoria y la identidad están supeditadas a las experiencias que el individuo obtenga de su interacción con el colectivo. La cuestión generacional es sumemente importante porque no se puede pensar en una generación en distancia temporal con otra cuando ambas generaciones habitan el espacio y conjugan sus experiencias para dar identidad al colectivo. Lo que debe preocupar, entonces, es proporcionar esas experiencias transformadas en identidades a una generación que no sea contemporánea a ninguno de ellos, y esto se logra, para los fines que me son de interés a través de la literatura de ficción, pues al estar más allá de una temporalidad y una generación definida permite ser ese portal que lleva en el presente el pasado al futuro «Uno escribe en presente, pero cuando estampa el punto, ese punto y todo lo demás, incluyendo esto que estoy agregando y no puedo detener, ya es pasado. Ergo, el presente no existe» (Rosencof, 2000: 52).

Bibliografía

Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo del duelo.* Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000.

Avellaneda, Andrés. «Lecturas de la historia y lecturas de la literatura en la narrativa argentina de la década del ochenta» en Bergero, Adriana y Reati, Fernando comp. *Memoria colectiva y políticas de olvido Argentina y Uruguay, 1970-1990.* Buenos Aires: Estudios Culturales, 1997: pp.141-181.

Arendt, Hanna. *La condición humana*. Madrid: Paidós, 1993.

Canclini, Rebeca. «Ficción y verdad en las narraciones: función política de la memoria» en Zubieta, Ana María comp. *La memoria. Literatura, Arte y política*. Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur, 2008: pp.17-37.

Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004. (Traducción de Inés Sancho-Arroyo).

Huyssen, Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.

Jelin, Elizabeth y Longoni, Ana comp. *Escrituras, Imágenes y escenarios ante la represión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.

Koselleck, Reinhart. *Pasado Futuro. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

Mudrovcic, María Inés. «Algunas consideraciones epistemológicas para una 'historia del presente'» en *Hispania Nova*, Número 1, 1998-2000 (disponible en http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/013/art013.htm).

Nofal, Rossana. La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2002.

Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999.

Rosencof, Mauricio. *Las cartas que no llegaron*. Montevideo: Alfaguara, 2000.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Traverso, Enzo. «Historia y memoria. Notas sobre un debate» en Franco, Marina y Florencia Levín eds. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción.* Buenos Aires: Paidós, 2007: pp. 67-96.

Tzevan, Todorov. *Los usos y abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 1998.

Wolff, Ximena. «Ejercicio de la memoria» en Olea, Raquel y Grau, Olga comp. *Volver a la memoria*. Santiago de Chile: LOM, 2001: pp.11-14.